

Gráfico

DE MARTÍNEZ DE LA TORRE

## CRÓNICAS

de Tlapacoyan



ALFONSO  
DIEZ GARCÍA  
CRONISTA DE  
TLAPACOYAN  
alfonso@  
codigodiez.mx

# El desenlace del desaparecido durante cuatro años

La vida le cobró una factura que no debía. La señora de Tlapacoyan también supo de su hijo.

Hace poco más de un año, el 9 de junio de 2014, publiqué en estas crónicas la historia de Carlos, quien desapareció de su casa sin decir nada, sin dejar siquiera una nota y reapareció cuatro años después. La crónica mencionada incluyó en realidad dos historias, la de Carlos y otra similar, narrada por la madre del desaparecido, una madre tlapacoyense que se había cansado de tocar puertas y seguir pistas tras un año sin saber de su hijo, dos años ahora. Prometí entonces contar en este mismo espacio el desenlace de cualquiera de las dos historias, llamémosles caso 1 y caso 2, en cuanto contara con los mismos.

Es el caso que conozco ya ambos desenlaces y es entonces el momento de darlos a conocer.

Pero antes, recordemos los antecedentes:

Un día Carlos salió temprano de su casa y ya no regresó. Lo que le sucedió y toda la trama que se armó a raíz de su desaparición parecen más elementos fantásticos que un caso de la vida real. No cabe duda, la realidad es más sorprendente que la fantasía.

Pero, el caso de Carlos surge ahora debido específicamente a otra desaparición. Antes de seguir adelante con éste vayamos al punto de partida.

Caso 1.- Tras la publicación de la crónica del 2 de junio de 2014, algunos lectores me han escrito acerca de la desaparición de alguno de sus esposos o esposas, hijos, hermanos y quisiera referirme a uno de ellos, una señora de Tlapacoyan de la que no tengo autorización para publicar su nombre. Le ofrecí relatar un caso similar, el de Carlos, que puede servir de ejemplo para todos aquellos que extrañan al ser querido que se ausentó, aunque, desde luego, no es mi intención forjar falsas esperanzas en nadie, porque cada caso es diferente. Me dice ella que su hijo simplemente salió de casa a realizar sus actividades cotidianas y ya no regresó. Hace exactamente dos años. La señora se dirigió primero a la Agencia del Ministerio Público ubicada en Tlapacoyan, para denunciar la desaparición. Lo hizo a día siguiente de que esto sucedió, porque no llegó a dormir, pero le dijeron que tenía que esperar unos días para levantar una denuncia, porque por tan sólo una noche no se podía suponer un crimen; se podía tratar de que se quedó con un amigo, con la novia o alguna otra posibilidad. Una semana después, el MP levantó el acta correspondiente, fueron a su casa, entrevistaron a los amigos de su hijo, a sus compañeros del trabajo y de la escuela, pero no

consiguieron ningún resultado.

Ella, por su parte, ha recorrido la ruta que seguía su hijo innumerables veces preguntando casi casa por casa, observando, deduciendo; se ha dirigido también a diversas asociaciones que atienden a víctimas de secuestros, pero estas le han informado que ella no se encuentra en tal supuesto, dado que nadie, nunca, pidió alguna cantidad de dinero como rescate por un supuesto secuestro de su hijo. Otras asociaciones que buscan a desaparecidos solamente le han informado que no hay ningún dato sobre su hijo. Quedé en platicar personalmente con ella para escucharla de viva voz y analizar lo que tiene hasta ahora.

Pero cumplo con lo ofrecido antes y lo que sigue es el relato de Carlos: Caso 2.- Carlos era un hombre que ya pasaba de los cincuenta años de edad. Vivía en un pueblo pequeño junto a su esposa. Se casó ya grande y apenas se disponía la pareja a planear la llegada de su primer hijo. Todos los días, de lunes a viernes, él salía de su casa, abordaba un transporte que lo llevaba a su trabajo, distante de su hogar, y regresaba por la noche. Los fines de semana, la pareja se iba a comer o a cenar a algún lugar de su agrado. Viajaban durante las vacaciones y todos los que los conocían dicen que se trataba de una pareja ejemplar y enamorada.

El caso es que un día Carlos salió temprano, como siempre y ya no regresó. Sucedió lo mismo que con el hijo de la señora de Tlapacoyan de la que hablé antes. Su esposa, Isabel, se dedicó a mover todos los resortes que pudo, contrató un detective particular para seguirle la pista a su desaparecido esposo y en ninguno de los casos tuvo éxito.

Pasaron las semanas, los meses y los años y Carlos no regresaba. Isabel consiguió un empleo que le permitía subsistir con decoro. Adoraba a su esposo, un marido ejemplar durante el poco tiempo que duraron juntos. El trato entre ambos fue siempre de absoluto respeto, con mucho cariño. Nunca hubo algún insulto, mucho menos golpes o trato humillante de uno hacia el otro.

Pero ella estaba sola y al cabo de tres o cuatro años comenzó a salir con otra persona. Se enamoró otra vez, lo que ella inicialmente consideraba impensable por el recuerdo de su esposo. Sus amigos, todos, le aplaudieron la decisión de intentar vivir de nuevo, de rehacer su vida; inclusive la animaban: "es lo que Carlos hubiera querido". Planeaba casarse porque en verdad había encontrado un hombre bueno, noble, que la quería y se preocupaba por ella. Jamás habría imaginado cómo se iban a desarrollar los acontecimientos en los siguientes días.

Lo que sucedió con Carlos, lo sabemos ahora porque él mismo lo ha relatado, tras recobrar de una amnesia que lo mantuvo alejado de su esposa y del pueblo en que vivían hasta que sucedió algo que parecía inimaginable.

El día que desapareció, Carlos decidió de última hora visitar a un cliente que tenía en una ciudad alejada poco más de doscientos kilómetros de su hogar. Calculaba regresar por la tarde, antes de la hora en que solía hacerlo cuando iba directamente a su oficina; entonces le comentaría a su esposa lo que había hecho, porque había decidido el viaje a última hora y, en consecuencia, porque no le había platicado nada antes.

Llegó entonces Carlos a su destino, salió de la terminal de autobuses y se preparaba a tomar un café para revisar sus documentos, antes de dirigirse al cliente al que visitaría por sorpresa. Pero al cruzar una calle fue embestido por un automóvil que iba conducido a mucha velocidad y que dio la vuelta en la misma esquina en la que él bajaba de la banqueta y lo atropelló. El golpe aventó a Carlos por lo menos a diez metros del lugar en que fue embestido. Voló. Su cuerpo pego contra la pared de la acera de enfrente y su cabeza cayó azotada brutalmente, sangrando profusamente. Lo recogió una ambulancia y lo llevó al hospital general más cercano. Ahí se debatió entre la vida y la muerte durante varios meses. El accidente le provocó una fractura severa de cráneo y fracturas múltiples en todo el cuerpo. Los médicos que lo atendieron lo daban por muerto. El pronóstico era que moriría en las siguientes horas. Pero eso no sucedió. Al cabo de casi diez meses, Carlos recobró la conciencia, pero no tenía idea de



Al comenzar 2010, Tlapacoyan tenía 54,321 habitantes, según los datos aportados por el INEGI. Actualmente ronda los 60,000. De los 2,454 municipios que hay en el país, Tlapacoyan ocupa el lugar número 342, por lo que a la cantidad de habitantes se refiere. Cada uno de sus pobladores configura una historia y Tlapacoyan tiene, por lo tanto, 60,000 historias. La foto panorámica que se muestra sobre estas líneas nos muestra la plaza de armas, la iglesia de la Asunción y las cafeterías localizadas junto a la iglesia hasta llegar a la calle Héroes. Está tomada desde el palacio municipal.

quién era, sufría de amnesia total. Desafortunadamente su portafolios y sus documentos personales se perdieron en el accidente. Nadie supo dónde quedaron. Lo mismo sucedió con la chamarra que portaba ese día. Ensangrentada y hecha pedazos fue a dar a la basura. No había, entonces, manera de identificarlo. Estaba en una ciudad de mediano tamaño, pero su pueblo natal era pequeño y no había ningún registro de él por el que se le pudiera identificar. Ni huellas dactilares, ni radiografías dentales y mucho menos muestras de ADN.

Año y medio después, Carlos permanecía hospitalizado. Sus huesos comenzaron a soldar y fue enviado a una unidad de rehabilitación del gobierno. No había manera de llevarlo a un hospital privado porque un hombre que ni siquiera conocía su propia identidad menos tendría posibilidades de pagar un tratamiento de ese tipo.

En la unidad referida lo enseñaron a caminar de nuevo, a apoyarse en muletas y poco a poco se fue recuperando. Ahí conoció a la que se convertiría en su ángel de la guarda. Una bella mujer, de menos de cuarenta años de edad que acudió acompañando a su hermana para visitar a un interno amigo de ésta. Por una simple coincidencia lo vio, cómo se esforzaba, cómo tropezaba, cómo le costaba trabajo levantarse; de vez en cuando recibía la ayuda de algún enfermero, o enfermera, pero la mayor parte del tiempo permanecía solo con sus esfuerzos. Carlos era un hombre guapo, alto, medía cerca de 1.90 metros de estatura y la hospitalización lo había transformado de un hombre obeso que pesaba más de noventa kilos a un hombre delgado con un peso cercano a los setenta y cinco. Un día Gladys, así se llamaba ella, se animó a hablarle. Estaba intrigada por saber qué le había sucedido y por qué nadie lo visitaba. Tras una caída, lo ayudó a levantarse y le preguntó por su familia; él le dijo lo que le podía decir, que no sabía quién era ni de donde venía, menos si tenía alguna familia. Gladys comenzó a visitarlo, a apoyarlo y se enamoraron. Para entonces, ya habían pasado dos años desde que Carlos salió de su hogar al lado de Isabel.

Gladys era una buena mujer. Cuando Carlos salió del hospital, ella lo llevó a vivir a su casa. Se amaban en verdad. Vivieron durante meses del trabajo de ella, pero un día sucedió algo que comenzaría a cambiar su vida en común. Carlos acompañó a Gladys a visitar a un cliente importante y surgió entonces la necesidad de un ingeniero que resolviera un problema, no había nadie a la mano y Carlos les dio la respuesta. Descubrieron, tanto él, como Gladys y el cliente que visitaban que él era ingeniero. Tras varias visitas, el cliente, directivo de la empresa, se interesó por Carlos, lo quería contratar, pero ellos le dijeron lo que había sucedido, no tenía documentación alguna que le permitiera trabajar. El ejecutivo llamó a su abogado y le consiguieron a Carlos documentos de identidad. Ya tenía su trabajo. Ya no dependería de ella. Pero siguieron viviendo juntos, lo importante era que se amaban.

Un día, sin embargo, comenzó el principio del fin de esta historia. La empresa decidió enviar a Carlos a un pueblito alejado poco más de doscientos kilómetros de la ciudad donde se encontraban, para supervisar unos trabajos. Cuando Carlos bajó del autobús que lo transportaba y salió de la terminal comenzó a recordar. Era un pueblo pequeño. La tienda, la farmacia, la plaza central... Caminó como cuando lo hacía cuatro años antes, cada vez que bajaba del autobús para regresar a su hogar. Unas cuerdas después se topó con la entrada de la que había sido su casa hasta que sufrió el terrible accidente que lo alejó tanto tiempo. Se detuvo

frente a la entrada y en ese momento apareció su adorada Isabel. Ambos se quedaron sorprendidos. Ninguno dijo nada, simplemente corrieron uno hacia el otro y se abrazaron en un abrazo que parecía que nunca iba a acabar, se besaron, mezclaron sus lágrimas de felicidad y entraron al hogar. Entonces vinieron las explicaciones, la cruda verdad. Apareció Gladys en la plática y José Luis, el prometido de Isabel. El caso es real y actual. Al momento de escribir por primera vez estas líneas, hace un año, todavía no se conocía cómo iba a resultar el desenlace. Carlos estaba enamorado de Gladys y también de Isabel, pero ni él, ni ninguna de ellas tienen la culpa de lo que sucedió. Por su parte, Isabel estaba enamorada de Carlos, pero también de José Luis, quien tampoco tendría porque ser el que perdiera en toda esta trama. La vida los zarandeó de una manera que no se asemeja a nada que conozcamos en la realidad. Me pregunté entonces cómo acabaría todo.

Por otra parte, ¿tendría esperanzas la señora de Tlapacoyan al enterarse de esta historia? Por supuesto. ¿Y qué pasa con aquellos que desaparecieron cuando se trató de un secuestro? Son historias diferentes, como decía en las primeras líneas, no fue mi intención nunca forjar falsas esperanzas. En el caso de Carlos, no había ninguna amenaza pendiente sobre él. Decía entonces que no había desenlace todavía y prometí darlo a conocer en cuanto lo hubiera.

Desenlaces  
Caso 1.- Hace unas semanas, la señora de Tlapacoyan que me ha pedido no revelar su nombre supo qué fue lo que sucedió con su hijo: Localizaron su cadáver hace cinco meses junto con otros seis en una fosa cerca de Coatzacoalcos. El cuerpo fue llevado al Servicio Médico Forense ubicado en Xalapa y ahí le extrajeron el ADN, lo compararon con la base de datos con que cuentan y finalmente avisaron a su madre quien, como

quedó establecido, presentó, en su momento, la denuncia correspondiente ante la Agencia del Ministerio Público; gracias a esto y a las continuas visitas de la señora para saber cómo iba la investigación, le tomaron muestras de ADN que finalmente sirvieron para identificar a su hijo.

Hay algunos detenidos y de acuerdo a sus declaraciones el muchacho desaparecido trabajaba para ellos en Tlapacoyan como informante, "halcón" le dicen sus ejecutores. Se exhibía demasiado en esa actividad, amenazaba a vecinos y otros que no tenían porqué padecerlo. En una de tantas golpeó a otro joven hasta dejarlo muy malherido y lo hizo simplemente porque éste le reclamó algo. Tras la golpiza le hizo saber que era un "halcón" y para quién trabajaba. Esto ya no se lo perdonaron. Lo llevaron a un lugar cercano a Coatzacoalcos, donde supuestamente era requerido por alguno de los jefes y lo asesinaron junto a los otros seis.

Caso 2.- Éste quedó resuelto por una circunstancia que no habíamos previsto cuando lo relatamos hace un año: Isabel era la esposa oficial de Carlos cuando éste desapareció y al perder la memoria, en otra población, se enamoró de Gladys, la mujer que lo acogió y lo cuidó hasta que se recuperó. Con ésta consiguió trabajo y otra identidad.

Cuando regresó al hogar que había tenido con Isabel, gracias a una casualidad, le dio los pormenores de lo que le había sucedido y, desde luego, le contó de Gladys. Isabel le tuvo que decir de sus amorios con José Luis. Ambos estaban indecisos acerca de lo que tendrían que hacer: ¿Con quién se quedaría Carlos, con su esposa oficial, Isabel, o con Gladys? ¿E Isabel, que haría, regresaría a los brazos de Carlos, o se quedaría con su nueva pareja, José Luis?

No tomaba ninguno de los dos una decisión y esa indecisión fue providencial porque les esperaba una noticia que decidiría su futuro. Carlos regresó a su nuevo hogar para hacerle saber a Gladys que finalmente sabía quién era y cuál era su verdadero nombre. Le contó de Isabel y de José Luis y le dijo también que no sabía qué hacer porque la amaba (a Gladys). Ésta le reveló entonces la noticia que le había dado su médico: estaban esperando un hijo. Carlos necesitaba tan solo un empujoncito para decidirse y cuando supo que él y Gladys tendrían un hijo, que con Isabel no había tenido, no tuvo ya ninguna duda, se quedó con Gladys. Se lo informó a Isabel y en realidad esto fue un respiro para los cuatro porque la indecisión que mostraron Isabel y Carlos era también un reflejo de sus sentimientos. Si el amor hubiera sido tan grande, no lo hubieran dudado y Carlos se habría quedado con Isabel, por eso es que la indecisión fue providencial, les dio tiempo para que la noticia del nacimiento de un hijo de Gladys y Carlos le diera un final feliz a su historia.

Desafortunadamente, el caso de la señora de Tlapacoyan no lo tuvo.

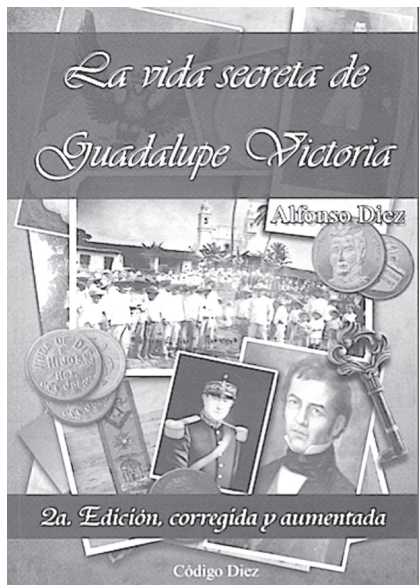
## Las crónicas, la historia y el libro

Mi agradecimiento profundo a todos los que han respondido a los llamados que he hecho en anteriores crónicas para que me escribieran si tenían algún dato que aportar a los casos que he relatado en éstas acerca de personas que han desaparecido sin dejar rastro. Gracias a ustedes y a todos los que se han tomado la molestia de escribirme con comentarios que puedo decir que son el motor, la motivación de este cronista para seguir adelante.

Las Crónicas de Tlapacoyan aparecen cada lunes en el periódico Gráfico de Martínez de la Torre, en la sección Elite y aparecen también, días después, en Código Diez (codigodiez.mx o tlapacoyan.mx). Del diario circulan miles de ejemplares por toda la región. Me han escrito lectores tanto de Tlapacoyan, como de Martínez de la Torre, San Rafael, Papantla, Gutiérrez Zamora, Poza Rica, Perote, Xalapa, y Veracruz. Y la lista de quienes reciben Código Diez pasa ya de treinta mil lectores, que sumados a los que colateralmente a estos leen la publicación y a los que acceden por su cuenta a la misma, nos dan una cifra incalculable de lectores con los que estoy en deuda. Espero tener la suerte de seguir contando con ustedes. Ha habido algunos retrasos en la actualización de Código Diez que solucionaremos en las próximas semanas con medidas que estamos implementando. Por esta razón, ofrezco mis disculpas más amplias. Para todos, mi reconocimiento más sincero y mi afecto, queridos lectores; algunos conocidos por mí, otros que descubro apenas con mensajes que me permiten tratar a personas interesadas en la cultura, en la historia y en mis investigaciones.

Leo y respondo toda la correspondencia. Si usted no ha recibido respuesta todavía, tenga la seguridad de que la tendrá. Tengo mucha información que analizar, una por una, pero de todas me ocupo. Sucede que a lo largo de los últimos años, he tenido que dejar en el tintero, o en el archivo personal, casos de los que he escrito pero que tal vez nunca vean la luz, tanto en el caso de las crónicas como de mi columna Personajes, que aparece en Código Diez. Las razones son diversas, casi evidentes, pero en su gran mayoría se pueden atribuir a heridas que comienzan a cerrar y no tiene caso volver a abrir.

Recuerdo a mis queridos lectores que conduzco un programa, por radio y televisión, los sábados, de una a dos de la tarde, desde Martínez de la Torre. Por radio, en el 104.5 de FM y por televisión, en el canal 8, por cable, local. El programa se llama "La historia de la historia" y el texto de lo que ahí se narra aparece en el semanario "Al aire", todos los martes. Éste se puede conseguir en Grupo MS Multimedia, junto al palacio municipal de Martínez de la Torre, así como en la estación de radio de Tlapacoyan. Con seguridad, también en otras radiodifusoras del grupo, en diversas poblaciones.



Apareció ya la segunda edición, corregida y muy aumentada del libro de este cronista, "La vida secreta de Guadalupe Victoria", con nuevos capítulos, muchas más fotos y nuevas revelaciones. Éste se puede conseguir en Grupo MS Multimedia, junto al palacio municipal de Martínez de la Torre y en los siguientes lugares en Tlapacoyan: Farmacia del Golfo; el Cyber de Carlos Patiño, en la calle Hidalgo, casi llegando a Cuauhtémoc, frente al parque (En este lugar también se vende una impresión empastada completa de las Crónicas de Tlapacoyan); en la Agencia de Publicaciones del mercado y en la Ferretería Casa Raúl, en la calle Héroes. En librería de todo el país, el libro cuesta \$325.00 y en los lugares mencionados se vende a precio de promoción en \$200.00.